

Chicas ¡qué grande es el cine!

Gioconda Espina

giespina@gmail.com

Licenciada en Letras UCV, Maestra en Estudios de Asia y Africa del Norte del Colegio de México y Doctora en Estudios del Desarrollo del CENDES UCV. Es cofundadora de la Coordinadora de ONG de Mujeres (1985), del Centro de Estudios de la Mujer (1992) y del Área de Estudios de la Mujer de FACES UCV (2002). Su último libro es *Mujeres, filosofía, literatura y otras artes* (EAE, 2019). Enseñante del Colegio Clínico de Caracas, adscrito a la Internacional de los Foros de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano, en la cual es AME (analista miembro de la escuela).

Resumen

Esta es, al mismo tiempo que una reflexión posterior a la revisión de películas realizadas en los últimos años por mujeres y hombres sobre los efectos y las posibilidades de enfrentar el sexismo en la tradición, leyes, religiones y educación informal y formal de las niñas, una propuesta para darle otra vuelta tanto al módulo de "Subjetividades" en el programa del Diploma de "Perfeccionamiento profesional de género y estrategias de animación sociocultural", como al curso de ampliación "La educación de las mujeres y la teoría feminista", que será una de las asignaturas de la Especialización en "Mujeres y educación" que ha propuesto el CEM de la UCV. Los largometrajes cuyos contenidos son analizados fueron dirigidos por los y las iraníes Hanna Makhmalbaf, Samira Makhmalbaf, Jafar Panahi y Afghar Farhadi; la turca Deniz Gamze Erguven y el judío francés de origen rumano Radu Mihaileanu.

PALABRAS CLAVE: cine, educación, niñas, mujeres

Abstract

This is --at the same time as a reflection after the review of films made in recent years by women and men on the effects and possibilities of facing sexism in the tradition, laws, religions and informal and formal education of girls-- a proposal to give it another turn to both the module "Subjectivities" in the Diploma Program "Professional Development of Gender and Strategies of Sociocultural Animation", and to the extension course "Women's Education and Feminist Theory", which will be one of the subjects for the Specialization in "Women and Education", proposed by the CEM of the UCV. The feature films whose contents are analyzed, were directed by the Iranians Hanna Makhmalbaf, Samira Makhmalbaf, Jafar Panahi and Afghar Farhadi; The Turkish Deniz Gamze Erguven and the French Jew of Romanian origin, Radu Mihaileanu.

KEYWORDS: cinema, education, girls, women

Marie Gouze, dramaturga que llegó a escribir para la *Comedia Francesa*, murió guillotinado en 1793, dos años después de escribir la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, aunque ese no fue su único acto subversivo frente a los revolucionarios, que habían ofrecido toda la libertad y toda la igualdad que negaba la monarquía derrocada en 1789. Esa *Declaración* de Marie, a quien conocemos por el pseudónimo Olympe De Gouges que calza el documento, fue escrita en respuesta de la Declaración aprobada por los diputados y en la que los derechos de las mujeres quedaban invisibilizados tras el título Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. En el preámbulo dice Olympe que:

Por considerar que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos de la mujer son las únicas causas de los males públicos y de la corrupción de los gobiernos (hemos) resuelto exponer en una declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados de las mujeres (a fin de que) los actos del poder de las mujeres y los del poder de los hombres, puedan ser, en todo instante, comparados con el objetivo de toda institución política y sean más respetados por ella (G. de Martino y Marina Bruzzese, 1994/1996:213).

Esos derechos, precisa el artículo II, “son la libertad, la propiedad, la seguridad y, sobre todo, la resistencia a la opresión” (Idem). Libertad antes que cualquier otro derecho humano universal, libertad para estudiar y trabajar, para opinar, para reunirse en sitios públicos o privados, para participar en la administración y la gestión pública y privada, para legislar y, también, precisa Gouges, para ir al patíbulo cuando el delito de una mujer se demuestre claramente, lo cual no sucedió con ella y otras feministas de esos días de guillotina loca. Mary Wollstonecraft, la inglesa que fue a París a ver el proceso y regresó a Londres más que decepcionada, fue la primera autora de libro feminista, *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), en el que defendió el derecho a la educación igualitaria (y no diferenciada, como proponía Rousseau) de las niñas, un derecho por el que ya había trabajado el diputado girondino Nicolás de Condorcet antes de ser acusado de traición a la patria sólo por criticar el proyecto de constitución que la nueva AN (ahora de mayoría jacobina) proponía en sustitución del proyecto que él mismo había redactado y en el que –entre otras cosas– proponía el voto de las mujeres para la adquisición de una verdadera ciudadanía, algo que había publicado ya en 1790 con el título *Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadana*. En cuanto a las niñas, Condorcet planteaba una educación primaria mixta y gratuita para niños y niñas menores de 9 años.

Parece mentira que 323 años después de la Toma de la Bastilla y de las propuestas de Gouges, Condorcet y Wollstonecraft, el 9 de octubre de 2012, Malala Yousafzai, de 16 años, haya recibido varios balazos en la cabeza (otra vez la cabeza Olympe...)

por dos talibanes jóvenes que se montaron en el bus donde iba y preguntaron “¿quién es Malala?”. Otras dos muchachas resultaron heridas. Cuando Malala despertó del coma inducido estaba en un Hospital de Birmingham, Inglaterra. A Malala, la conocía el Talibán del Valle de Swat, en el noroeste de Pakistán, y la conocían quienes leían su *blog* en el que, desde el 2009, con apenas 11 años (nació en 1997), escribía en *urdu* sobre su vida de estudiante clandestina en la escuela y del **derecho que todas las niñas tienen a estudiar**. En su *blog* (dentro del portal de la BBC) firmaba con un pseudónimo, Gul Makay, pero los talibanes la ubicaron, la balearon y así, al resistir varias operaciones, el mundo conoció a Malala, que celebró su siguiente aniversario en la sede de la ONU en New York, con un discurso ante 400 jóvenes de 100 países, donde ratificó su lucha por el derecho de las niñas a estudiar y propuso dialogar con el Talibán hasta convencerlos de que “un libro, un lápiz, una maestra y una niña” son las únicas armas que pueden cambiar el mundo. Lo demás lo sabemos: ganó el Premio Sajarov del Parlamento Europeo a la libertad de conciencia en 2013; el Nobel de la Paz en 2014, compartido con la organización india “Marcha Global contra el Trabajo Infantil”. Publicó dos versiones de su biografía *Yo soy Malala* y, en colaboración con la escritora Patricia McCormick, la segunda versión, *Malala. Mi historia*. Creó el Fondo Malala, que apoya la gestión comunitaria y a los defensores de la educación en todo el mundo, que ya tiene sede en Nigeria, Jordania, Kenia y Pakistán y ahorita debe estar estudiando Derecho o Estudios Políticos en Inglaterra, porque aunque quiso ser médica, después se dio cuenta de que podía llegar a ser una gran política.

48|

La historia contada por la sobreviviente Malala en 2013, fue recordada todo el 2014, cuando estalló el escándalo de los secuestros de más de 200 niñas en Chibok, Nigeria, por el grupo extremista Boko Haran, activo en el noroeste del país, que juró lealtad al Estado Islámico y que no sólo cercena el derecho de las niñas a estudiar sino que las viola y convierte en esclavas sexuales. En abril del 2014, Michelle Obama se sumó a la campaña “Bring Back Our Girls” (*Devuelvan a nuestras niñas*) y un año después creó con su marido la fundación “Let Girls Learn” (*Dejen estudiar a las niñas*), que promueve –para esto hicieron una donación de un millón de dólares– el derecho a la educación de las niñas en todo el mundo, pues según cifras de la Agencia para el Desarrollo Internacional de EEUU, 62 millones de niñas del mundo no iban a la escuela. Por eso aquella gira por Marruecos y Liberia (la acompañó Meryl Streep, sobre esa gira es el documental de CNN “We will rise”, *Nos levantaremos*). Luego siguió Michelle hacia España, donde la periodista y reina Letizia, la recibió recordando a Baktay, la niña afgana agredida por niños por ser una “pagana” y una “pecadora” que quería estudiar clandestinamente, como después dirá Malala que hacía ella en Pakistán. Aquella película de la que hablaba

Letizia se llama “Buda explotó de vergüenza”, dirigida por la iraní Hanna Makhmalbaf en 2007. En este mismo evento Michelle dijo algo que siempre es bueno recordar a los legisladores y *legislófilos*: “Los cambios no se consiguen sólo con leyes” y dijo más: “Un cambio cultural es lo que tenemos que hacer para ayudar a esas 62 millones de niñas fuera del sistema escolar” (En www.clarin.com/entremujeres/trabajo/michelle_obama. Consultada el 12 -2-2017).

En la película *Buda explotó de vergüenza* (2007), de Hannah Makhmalbaf se muestran los problemas que venimos padeciendo en los diversos continentes, en diversos grados claro está, en relación a la educación de las niñas. Ustedes los reconocerán en cuanto los mencione. El primero de todos se presenta cuando vemos a Baktay, nuestra protagonista, a cargo de dos hermanitos mientras su madre sale a trabajar. Abbas, un niño vecino que sí está escolarizado, está amarrado por su madre para que no salga de la casa; él memoriza todo el tiempo el abecedario y recita historias que a Baktay le parecen divertidas, así que para conocerlas ella también le pide a Abbas que la lleve con él a la escuela. Así como Malala hablará después de “una niña, una maestra, un libro y un lápiz” como armas para salvar el mundo, Abbas le pone a Baktay como condición para llevarla con él que se compre un cuaderno y un lápiz. La cual aceptó, pero como no logró las rupias para el lápiz en su lugar se llevó el labial nuevo de su madre. El segundo problema lo encontramos con la separación de niños y niñas en las escuelas, Baktay es separada de Abbas y enviada “al otro lado del río”, donde están las niñas. Y así se topa Baktay con el tercer problema: debe enfrentar sola a una banda de niños armados con ramas secas que la enjuician por querer estudiar como si fuera un varón, por pagana o budista y por ser agente de los estadounidenses; la encapuchan, la entierran de pie y están listos a apedrearla por sus múltiples pecados cuando otra banda de niños, que simulan ser estadounidenses, dejan caer un papagayo-bombardero. Luego de ganar el combate, los que simulan a ser talibanes, vuelven con ella y la llevan a una cueva donde Baktay encuentra a muchas otras niñas secuestradas y encapuchadas por el delito de “ser muy bonitas”. Del cuaderno nuevo le arrancan muchas hojas los niños-talibanes que hacen aviones que le lanzan mientras está enterrada. Otra hoja se la arranca un viejo que le enseña cómo llegar a la escuela de niñas siguiendo al barquito por el río. Otra más se la arranca una niña mala conducta del salón a cambio de darle un ladito del banco.

No hay final feliz en la historia de la niña Baktay que vuelve a su cueva con su madre y hermanos, seguramente a la rutina de siempre, pues –como le dice a su vecino Abbas (y aquí aparece el cuarto problema) — “Nadie me ha enseñado nada. Todo lo he aprendido yo sola” en esas horas que pasa entre su cueva y en la escuela de niñas, con aquella maestra siempre de espaldas a la clase que sólo

da el frente para expulsar del aula a Baktay y, antes de esto, para enseñar los dibujos que ya ella había visto y dado nombre en el libro de Abbas y para escribir dos letras (a y b) y un número (5) en la pizarra, algo inútil para ella que, solita, ya había aprendido las reglas básicas del mercado (por ejemplo, que el precio de dos huevos es igual al de un cuaderno), los efectos de la religión y la sociedad misógina en los juegos y en los dichos de los niños, la tolerancia de las otras niñas con el sometimiento tanto a los varones como a sus padres y maestros, así como la solidaridad de un niño tan infeliz como ella, ese Abbas que, cuando se encuentran (ella por segunda vez en el día) a los niños que juegan a ser talibanes antiimperialistas o estadounidenses, se hace el muerto y luego, cuando lo dejan quieto, le recomienda a Baktay: “¡Muere, sólo así te dejarán libre!”. Lo que queda del cuaderno Baktay lo rescata entre los pies de los niños de los dos bandos, mientras su amigo le recomienda: “¡Muere (hazte la muerta) Baktay!”.

El tema de la educación de las niñas y niños es uno que interesa a la familia de Hannah (cineastas iraníes), porque en el año 1999, cuando apenas tenía 19 años, su hermana Samira Makhmalbaf, 8 años mayor que Hanna, había escrito un guión con su padre y rodado la película *La pizarra*, ganadora del Premio Especial del Jurado de la sección oficial del Festival de Cine de Cannes en 2000. Si Hanna mostraba a aquella maestra indolente de espaldas a las niñas y clavada en la pizarra, Samira nos muestra a un maestro con una vocación de enseñar que, a ratos, roza con la testarudez frente a la realidad que nada quiere saber de “inutilidades” para la sobrevivencia, como leer y escribir o sumar y restar. Creo que nadie que haya visto *La pizarra* podrá olvidar la primera escena: el maestro que, en adelante, llamarán igual que a su instrumento, “Pizarra”, camina con muchos otros maestros que no encuentran niños a quien enseñar en su pueblo, así que recorren las montañas en busca de alumnos a cambio de algunas monedas o un pedazo de pan. Todos se van cansando hasta que el maestro se queda sólo en su búsqueda, con su pizarra a la espalda, cual Cristo hacia su sacrificio en la cima de la montaña. Encuentra a unos niños “mulas” contrabandistas entre Irán e Iraq y a unos viejos iraquíes nómadas que quieren retornar a la patria y andan perdidos por esos desfiladeros desconocidos. Unos y otros son ilegales, todos huyen de los soldados, pero ellos son lo único que consigue el maestro para enseñar y comer: le dan 40 nueces por llevar a los iraquíes hasta la frontera y 5 más por prestar la pizarra como camilla de un viejo que no consigue orinar y encima carga a una hija que parece idiota y tiene un hijo que sabe hablar pero no orina sin la ayuda de la madre. Y esto es otra cosa que consigue el maestro: una esposa que, al final, no quiere devolverse con él a Irán, así que el mismo que los casó los divorcia sólo alzando la mano de ambos en dirección a Alá en el cielo. Lo más importante es que el maestro consigue que el único niño “mula” que quiso aprender a escribir su nombre, lo haga,

aunque en ese momento el niño haya caído muerto de un balazo de los soldados. También logra que el resto de los niños aprendan el abecedario mientras caminan con el contrabando a la espalda ¿Cuántas veces nos hemos sentido como ese maestro, intentando interesar a otros en un asunto que, al final, sólo interesa a una o dos personas; o que apenas logra que la mayoría repita como loro mientras camina con su carga, sin interesarse por el sentido de lo que está repitiendo? ¿Por qué lo hacemos si tan mal remunerado es ese trabajo? Quizás por la esperanza de que una o dos niñas o jóvenes puedan evadir un destino decidido por sus familias.

En *Mustang* (2015), el primer largometraje de la cineasta turca Deniz Gamze Erguven, vemos a la niña Lale urdir el plan de escape que las pondrá a salvo, a ella y a su hermana Nur, tanto del abuso sexual del tío (tolerado por las mujeres de la familia) como de tempranos matrimonios con desconocidos, arreglados por las dos familias: Lale se procura un aliado que la enseñe a manejar, la oportunidad y, llegado el momento, se lleva de la casa enrejada algo de dinero, frutas para el camino y un cuaderno con la dirección en Estambul que le anotó su última maestra por si algún día necesitaba su ayuda. Antes de que aparezcan los créditos vemos a Lale lanzarse a los brazos de su maestra. Escapó y triunfó. No cayó de un balazo como el alumno del maestro Pizarra.

Quise referirme hoy a una niña que quiere aprender, a un maestro que quiere enseñar y a una maestra que enseña a no resignarse al rol de moneda de cambio entre machos jefes de familias, pero quiero mencionar los nombres de otras **mujeres cineastas de aquél lado** del mundo que se han empeñado en denunciar a quienes detentan el poder religioso, político y militar contra la educación igualitaria de niños y niñas, de mujeres y hombres. La misma Samira dirigió un año después de *La Pizarra* aquella película titulada como un verso de García Lorca: *A las cinco de la tarde* (2003) en la que una mujer decide estudiar a escondidas del padre porque tiene el sueño de ser presidenta de Afganistán, como Benazir Butó lo fue en Pakistán.

Karin Albou, una francesa hija de argelinos, hizo *La pequeña Jerusalén* (2005), para narrar la odisea de una joven de familia judía ortodoxa que vive en un suburbio de París y decide abandonar su casa para cumplir su deseo de estudiar filosofía en la universidad. Lo que me lleva a recordar a Deepa Mehta, nacida en India y radicada en Canadá desde 1973, quien en todas sus películas ha expuesto los límites que el hinduismo y la tradición imponen a las mujeres de su país y no sólo en materia de educación de las niñas y adolescentes. Mencionemos a esas joyas que conforman su famosa trilogía: *Fuego* (1996), *Tierra* (1998) y *Agua* (2005). Terminamos recordando a tres hombres que también han trabajado el tema de la sujeción de las mujeres en, al menos, tres películas: Jafar Panahi, iraní y director de *El círculo* (2000);

Radu Mihaileanu, judío francés de origen rumano, director de *La fuente de las mujeres* (2011); y Asghar Farhadi, iraní y director de *A propósito de Elly* (2009), ganador del Oscar este año 2017 por *El viajante*, una versión ambientada en el Irán actual de la obra teatral *La muerte de un viajante* de Arthur Miller.

Panahi, igual que cualquier buen cineasta –como todas y todos los mencionados hasta ahora-- no hace discurso explícitamente político en *El círculo* (2000); le basta mostrar la condición de las mujeres después de la llamada revolución islámica de julio de 1979: lo primero que oímos son los alaridos de una mujer pariendo con dolor en un hospital, luego oímos las palabras de su madre con el *chador* negro puesto diciéndole a la enfermera que le anuncia que la hija ha tenido una niña: “sus suegros se van a poner furiosos, pues esperaban a un niño, pobre hija mía”... Esta primera escena nos permite una interpretación del título de la película. Más tarde vemos a una niña de 3-4 años, vestida a la occidental, cuya madre ha intentado abandonarla tres veces, con la esperanza de que alguna familia le de un futuro fuera de Irán, pues aquí, le dice a Pari que ha visto de lejos el tercer intento de abandono, las mujeres no lo tienen: no pueden salir sin velo de casa, ni pueden fumar en la calle, ni viajar solas de un lugar a otro, ni salir solas de noche – ni siquiera en taxi-- porque si lo hacen los guardianes de la revolución, civiles armados por el gobierno, que reemplazan de noche a los policías, con la ayuda de los taxistas cooperantes, pueden meterte presa, como vemos en la escena final de la película. Desde luego, mientras los hombres pueden tener varias esposas, una mujer cuyo compañero ha sido ejecutado y que, por estar sola y sin medios, quiere interrumpir el embarazo, no encuentra a un médico que se atreva sin el permiso del marido... o del padre, quien –en otra escena-- expulsa a Pari de la casa por la presión de sus dos hermanos.

Farhadi narró en 2009 el fin de semana de un grupo de matrimonios muy jóvenes de iraníes de la capital –algunos con niños-- que no piensan muy distinto a sus mayores en relación al lugar de las mujeres, pues en cuanto se dan cuenta de que Elly, la maestra de la hija de Amir y Sepideh, ha aceptado pasar el fin de semana con ellos en la playa estando comprometida, no dejan de culparla de su propia muerte, ahogada, tratando de salvar al niño de una de las parejas. No era ese su lugar estando comprometida, dicen; prácticamente se buscó la muerte, coinciden, excepto la mujer que la invitó (y por esto golpeada por su marido delante de todos: “ella me obligó” se excusa él después) y el amigo divorciado residente en Alemania que la mujer quería que Elly conociera, a ver si así encontraba una ilusión que la ayudara a concluir un compromiso en el que estaban más interesadas las dos familias que ellos.

Elly no tuvo tiempo para decidir qué hacer en relación a su compromiso, como sí decidió Munis, la protagonista de la película de Shirin Neshat, *Mujeres sin hombres* (2009) que se suicida antes que aceptar casarse a juro, pero retorna de la muerte a hacer

lo que deseaba hacer, es decir, sumarse a la defensa del gobierno de Mossadegh, el presidente nacionalista que finalmente fue derrocado en 1953 por los militares apoyados por los gobiernos de Gran Bretaña y EEUU; así como a sumarse luego a la resistencia contra el Shah. Munis se mueve entre los vivos pero sólo pocos pueden verla a ella, que ha regresado también a reunir a tres mujeres que huyen de los hombres que les han hecho daño en nombre de la religión y las costumbres.

La película de Mihaileanu se estrenó en Francia en 2011, cuando ya había comenzado el movimiento de la “primavera árabe”, pero no parece que el favor del público haya provenido de la creencia de que era una película política, sino por otras razones. *La fuente* no discurre en un solo país, así que lo que se muestra vale para cualquier comunidad en la que los religiosos apegados al Corán y a la tradición tienen más peso que los maestros y los periodistas. Pero, sobre todo, es una historia con un final feliz, algo que no vemos en los dramas a los que nos hemos referido hasta aquí (apenas la niña turca Lale logra escapar para intentar una vida propia en Estambul).

Las diferencias en la comunidad de *La fuente* no son sólo entre mujeres cargadoras de agua que se van a la huelga de sexo y hombres servidos por ellas, sino también generacionales y de la ortodoxia versus la actualización del Islam y su práctica cotidiana. Vemos cómo son burlados 40 hombres a los que el Mufti Sheij (la autoridad religiosa) ha traído 40 mujeres de afuera para que se casen con los hombres no casados o en trance de repudiar a sus esposas por lo de la huelga y quedar libres para un nuevo casorio (otra prerrogativa que el Islam da sólo a los hombres). Vemos al joven maestro Semi tomar partido por la causa de su mujer, la tejedora Leyla (la lideresa que dice: “¡si todos toman agua, todos deben cargarla!”... hasta que la alcaldía cumpla con su deber de construir al acueducto) y de otras rebeldes dirigentes, llamadas por esto “hechiceras” o “brujas”, como Fusil (interpretado por la cantante y actriz argelina Baya Bouzar “Biyouna”). También se suma a la causa el ex de Leyla, un periodista que ha vuelto para tratar de reanudar la relación.

El mensaje queda claro en clave de comedia casi musical. La huelga de sexo es el primer instrumento de lucha, pero hay otros como: 1. Una **sentada** en que todas cantan ante los hombres anonadados: “Vuestros corazones son secos y espinosos como este pozo vacío”...; 2. El **disfraz**, dándole a la *burka* otro uso para engañar al *mufti* que ofreció 40 mujeres de otra comunidad a los hombres; 3. Colocar la **demanda a nivel internacional**, vía turistas y el periodista ex de Leyla; 4. **Denunciar a los políticos locales corruptos** que no invierten en el pueblo lo que reciben del turismo y hacer esta denuncia, incluso, delante de los turistas, mientras cantan y bailan: “Escucha, escucha a tu mujer...los turistas dan dinero pero ¿a dónde va?”... Al final, ganan las mujeres y ésta también debe haber sido una de las razones del éxito de la película.

Filmografía

Albou, Karin (2005). Directora de *La pequeña Jerusalén*

Farhadi, Asghar (2009). Director de *A propósito de Elly*

Makhmalbaf, Samira (1999). Directora de *La pizarra*

_____ (2003). Directora de *A las cinco de la tarde*

Makhmalbaf, Hannah (1999). Directora de *La pizarra*

Mehta, Deepa (1996). Directora de *Fuego*

_____ (1998). Directora de *Tierra*

_____ (2005). Directora de *Agua*

Mihaileanu, Radu (2011). Director de *La fuente de las mujeres*

Neshat, Shirin (2009) Directora de *Mujeres sin hombres*

Panahi, Jafar (2000). Director de *El círculo*